

El día 25 estaba en Ancona, y por tren extraordinario continuó para Roma, donde llegó á las once de la noche, ocupando sola un coche, con su dama la señora del Barrio. En el camino llamó la Princesa al Señor Joaquín Velazquez de León, para que la informase del estado de los negocios en la Corte pontificia; duró la conferencia mas de tres horas y parece que en ella no dió señal alguna de trastorno mental. El día 26 descansó, y al siguiente fué con su comitiva á visitar á Su Santidad, é invitó á varios mexicanos para que la acompañaran en la mesa.

Alojábase la Princesa en el "Hotel de Roma," y al salir para el Vaticano detuvo á la comitiva, porque no estaba en regla la escarapela en el sombrero de uno de los cocheros, y esto, aunque ya pasaba la hora señalada para la audiencia, que duró mas de una hora. Verificada la recepción, presentó la Emperatriz á todo su séquito al beso del pié y la mano del Pontífice, y concluido el acto se retiraron á comer. Estando en el Vaticano había hablado al Santo Padre con suma volubilidad y tal animación, que hizo sospechar del desarreglo de sus facultades. En la mesa se manifestó muy violenta, no tomó ni el helado ni el café hasta que á todos se les había servido, é insistió en que la cafetera tenía un agujero, siendo necesario pedir otra para calmar la insistencia.

La primera entrevista que tuvo la Emperatriz Carlota con el Santo Padre, se verificó con el ceremonial prescrito para la recepción de testas coronadas. Quedó sola con el Sumo Pontífice durante una hora y veinte minutos, y aunque de lo que se habló en la entrevista nada se traspasó, pudo notarse que al salir de las habitaciones pontificias llevaba la Emperatriz en sus miradas y en toda su faz, señales de profundas conmociones del espíritu y de extremada sensibilidad.

La segunda entrevista en el Hotel de Roma, al pagarle su visita el Sumo Pontífice, tuvo el mismo carácter. Al descender del coche, bajo el peristilo del Hotel, halló á la Emperatriz arrodillada al pié de la escalera; la levantó, pidiéndole desde luego noticias de su salud. Contestó la Emperatriz, pero permaneció inmóvil aguardando que el Papa la precediera; quiso cada quién ceder al otro el paso, é insistió de tal manera la Princesa, que Pío IX comenzó á subir la escalera, hablando en alta voz. Llegados al primer piso penetraron á la sala, y el Papa mismo cerró la puerta; la entrevista duró cincuenta minutos y en seguida fueron admitidos en la sala en que estaba erigido el trono, los miembros de la Comisión mexicana: Don Joaquín Velázquez de León, el Obispo Ramírez y Don Joaquín Degollado; les habló el Papa de la situación creada en México por la revolución, no remediada aún, ni cambiada por el nuevo Imperio.

Al retirarse el visitante, quiso la Emperatriz acompañarle hasta el pié de la escalera, en cuyo lugar permaneció arrodillada y con el rostro bañado en lágrimas, hasta que comenzó á rodar la carroza pontificia y recibieron todos arrodillados la bendición de Su Santidad, quien asomado por la portezuela se las dió. Cuando se retiraba Pío IX exclamó la Princesa con acento raro: ¡qué hombre tan santo! ¡me complazco en quererle! Su presencia me consuela.

Sin embargo, la Emperatriz no quiso ceder á los argumentos que le oponía

el Santo Padre; insistió en discutir con él y persistió obstinadamente en sus razonamientos, que no obstante ser eruditos, hacían más completa la separación entre la Santa Sede y la política imperial en México.

Los emperadores Maximiliano y Carlota consideraban, que el avenimiento entre los mexicanos solamente podía provenir del Padre de la Iglesia Católica, con el reconocimiento de los hechos pasados y con nuevas concesiones para el porvenir. Lacerado el corazón de la Emperatriz con los sucesos de Saint-Cloud, dirigió sus pasos á Roma, creyendo posible llevar de allí á sus súbditos una rama de olivo, tomada del Vaticano en señal de paz y de unión. Su empeño fué inútil; sus palabras y sus ruegos fueron en Roma tan estériles como lo habían sido en París; Pío IX le negó los auxilios espirituales, á la manera que Napoleón III los materiales. ¿Qué sombras tan densas velarían el cerebro de aquella joven que, crédula ayer, sentía hoy las amarguras de la decepción y el desengaño? En profundo misterio quedó lo que en el seno de la intimidad, ya congojas, ya esperanzas, confió la Princesa á la discreción del anciano respetable, reconocido por sus virtudes y su experiencia, Padre del Orbe cristiano. En las conferencias habidas, cuya clave quedará perpetuamente cerrada, sólo Dios intervino; las presidió el sigilo y no habrá poder en lo humano que llegue á pasar los umbrales de aquella conversación íntima, que solamente podría haber descubierto la Emperatriz, si alguna vez hubiera logrado apartar de su espíritu el velo negro que lo ha cubierto. Vióse sí, que la hija suplicaba de rodillas y que el Padre, creyéndose ofendido, esgrimiendo toda su autoridad se mostró inflexible, imponente hasta romper el alma ya tan debilitada de aquella, antes tan altiva y ahora tan abatida Señora.

Mucho debe haber sufrido también el Pontífice en tan supremas confidencias, hablándole Carlota Amalia con el melodioso idioma florentino, en que tantos recursos proporciona la argentina voz, y con la mirada velada por el llanto; levantando al cielo su hermosa frente y uniendo suplicantes sus manos verdaderamente artísticas, pedía al Pontífice le concediera para el Imperio Mexicano las ventajas obtenidas del ósculo de paz entre la Religión y el Estado, sin atropellar los intereses materiales creados por la civilización. Debe haberle dicho que, al dejar al Imperio de México sin fuerza moral, al mismo tiempo que le faltaba la fuerza física, la invasión del Norte llevaría el frío protestantismo y sería más pronta, no quedando ni un recuerdo para el culto romano que, al impulso poderoso de los nuevos cultos, corría el riesgo de perderse; le hablaría de la Unidad de Religión, necesaria para los mexicanos el día de la resistencia á la absorción por el Norte, y le debió exponer otras mil consideraciones para identificar al Imperio con el Vaticano; pero el hecho fué que nada convenció ni pudo cambiar la primera resolución del Pontífice, que se mantuvo impasible á los ruegos de la suplicante.

El día 28, nuevos incidentes denotaron que crecía en ella la agitación del espíritu: creyó que una indisposición de estómago que sufrió el ministro Velázquez de León, no era más que envenenamiento; el día 1^o de Octubre, aunque los

médicos la habían aconsejado que no dejara el hotel, quiso ir al Vaticano; salió desde las ocho y media de la mañana y aún no regresaba á las tres de la tarde, sin que se supiese su paradero, hasta que á las cinco y media de la misma llamó al Vaticano el cardenal Antonelli, al Sr. Joaquín Velázquez de León. Llegado éste, le refirió el cardenal que la Emperatriz no quería volver al hotel, hasta que salieran de ese edificio el conde del Valle, la directora del guardarropa y el médico Bowsloncek, de quienes decía la Princesa que la habían envenenado, y que no teniendo confianza más que en el Santo Padre, comía en el Vaticano.

El Sr. Velázquez volvió al hotel y dispuso que, sin escándalo, se alejaran de allí las personas designadas, lo cual, manifestado por carta del Sr. Velázquez, dió por resultado que la Princesa regresara al hotel á las siete de la noche.

Pero al entrar á su habitación, notó que faltaban las llaves de las puertas, que habían sido quitadas por el médico, á prevención y sin decirlo á nadie; notada esa falta por la Princesa, se volvió al Vaticano inmediatamente y pretendió dormir cerca de la pieza ocupada por el Papa, lo que no le fué permitido y pasó la noche en el primer piso acompañada de su dama la Señora del Barrio. Se ocupó en la mañana del siguiente día en recorrer el museo del Vaticano, en donde se entretuvo hasta al medio día que volvió al hotel, y tuvo el cuidado de observar si efectivamente habían salido las personas que le eran sospechosas, las cuales ya habían regresado y tomado otros cuartos en el mismo hotel, para estar al cuidado de la enferma sin que ella las viera.

Reunidos los médicos del Pontífice con los de la Princesa y otro del hospital de San Jácome, calificaron de monomanía la enfermedad que aquejaba á la Princesa, y entonces se instó por la llegada del conde de Flandes y del de Bombelles, llamados á Roma desde el día 1^o por el cardenal Antonelli, y después por los Señores Castillo y Velázquez de León, quienes telegrafiaron al ministro mexicano en Bélgica y también comunicaron á Maximiliano por el cable trasatlántico la noticia de lo acaecido.

Cuando en la enferma no aparecía la tenaz idea del envenenamiento, discurría muy bien, y tan sólo se le advertía trastorno al ocurrírsele el tema fatal.

Los condes de Flandes y Bombelles llegaron á Roma el día 8 y al siguiente salían para Miramar llevándose á la Princesa, quien en la mañana de ese día había llamado al Señor Castillo para que firmara nuevos acuerdos, destituyendo á todos los de su séquito, incluso el mismo Señor Castillo; pero éste se negó á firmar, no obstante la insistencia de la Princesa, que llegó á Miramar á las nueve de la mañana del día 10.

Venciendo las dificultades que oponía el respeto debido á la distinguida enferma, la condujeron al memorable castillo las personas de su comitiva y desde allí comunicó también el conde de Bombelles á Maximiliano, el terrible acontecimiento, viviéndose ya para este fin del cable trasatlántico.

Se creyó que la idea del envenenamiento le acometiera en París, pues en la visita á las Tullerías sirvióle limonada que también tomó su dama la Señora

del Barrio, y cuando la Princesa regresó al Gran Hotel, dijo que la habían envenenado. Ya en Miramar, desconoció al mismo conde de Flandes del que también desconfiaba. El trastorno cerebral de la Emperatriz había sido un hecho gradual, y los que la observaban notaron, que durante la travesía de Veracruz á San Nazario se manifestaban de una manera seria, los primeros síntomas de la enagenación mental que se recrudeció en París y Roma.

Los numerosos pasajeros que conducía el buque "Emperatriz Eugenia," pudieron ver que la emperatriz Carlota buscaba la soledad y el aislamiento, era presa de profundas preocupaciones y parecía agobiada por una gran responsabilidad moral; pero al conferenciar en París con Napoleón III y encontrándole opuesto á aceptar cualquiera modificación á lo dispuesto respecto á México, se exaltó la Princesa de tal manera, que olvidando la mesura en la discusión, se dejó llevar de arrebatos y recriminaciones que causaron muy desagradable impresión al Emperador francés.

También ejercieron presión en el ánimo de la esposa de Maximiliano, los disgustos por ciertos asuntos de familia. De la herencia que le había dejado su padre, por valor de veinticinco millones de francos, tan sólo podía disponer del usufructo, quedando el capital administrado por un consejo de familia compuesto del monarca reinante y del Príncipe de Flandes. El testamento del rey Leopoldo ponía á Maximiliano, en la imposibilidad de invertir la fortuna de su esposa en asuntos referentes al Imperio de México.

La Emperatriz trató de obtener de sus hermanos, autorización para enagenar aquel capital en provecho de su corona, y cubrir la penuria del tesoro imperial mexicano, quedando el Imperio en hipoteca. El consejo de familia rehusó terminantemente acceder á la demanda de la infortunada Princesa, considerando insuficiente la garantía. La negativa que cerraba una puerta más á las aspiraciones, formuladas en términos enérgicos, irritó sobre manera á la Princesa Carlota contra su familia, y contribuyó en gran manera al desarrollo de la enfermedad mental que, después de exaltarla, la conducía á una completa postración, único estado en que se conseguía que tomara algún alimento, siendo siempre su sueño muy agitado.

A las nueve y media de la noche del 9 de Octubre llegaba la Emperatriz de México por el ferrocarril de Roma, al puerto donde se embarcó dos horas después, en el vapor del Lloyd austriaco "Neptuno", que la esperaba para conducirla á Miramar. Acompañábanla su hermano el conde de Flandes, dos religiosas, dos religiosos en traje de paisanos, una criada, un médico, el secretario del conde de Flandes y el de la Legación, Radonetz, el monge Felice, dos señoras ancianas y tres individuos más.

La princesa Carlota llegó el día 10 á Miramar, á bordo del mismo buque, y se creyó que con el reposo absoluto que disfrutaría y con los esmerados cuidados que se le prodigarán, se disiparían las sombras que envolvían su hasta entonces privilegiada inteligencia. Los mejores médicos de Milán y de Viena fueron llama-

dos para asistir á la real enferma, que en los primeros días de su residencia en el castillo pareció mejorarse, dándose como prueba una carta que dirigió al Príncipe Iturbide que se encontraba en París, en la que se notaba cierta lucidez de la razón. Empeoró día por día y al despedirse de ella el conde de Flandes, se consternó la enferma en sumo grado y le dijo: "Ahora pueden hacer conmigo lo que quieran."

¡Cuánta diferencia entre la actividad y el entusiasmo de que se mostró poseída la Princesa al partir para México, y la triste resignación con que ahora, abatida por la locura, exclamaba: "Esperaré aquí á mi pobre Maximiliano, aunque tenga que esperar cuarenta años." ¡ Ah! así se expresaba no comprendiendo el sentido de las palabras que le dirigió el doctor Riedel al despedirse de ella: "Adios, la dijo, sois muy feliz, porque podeis volver al seno de vuestra familia."

Entretanto pasaban en Europa tan tremendas desgracias á la Emperatriz Carlota, esperábase en México un cambio de situación, por haberse dicho que la real enferma presentaba síntomas de mejoría, y se aseguraba que había salido el 18 de Septiembre de Miramar para Roma, con objeto de arreglar los asuntos religiosos de México. Aún se llegó á señalar el itinerario seguido por Mantua, Reggio y Bolonia, y se afirmó que había llegado á Roma el día 26 alojándose con su comitiva en el hotel de este nombre, lo cual aunque distaba de la verdad, producía su efecto entre los imperialistas de México, animándolos para la resistencia.

Contábase el Ministro Escudero y Echanove entre las personas notables que creían lo mismo que Maximiliano, en el buen éxito de la difícil misión que la Emperatriz tomava á su cargo; suponían que Napoleón III, en presencia de la joven Princesa á la cual había comprometido en la aventura de fundar un imperio en México, mediante promesas solemnes, verbales, además de los ofrecimientos oficiales, asegurándole que jamás la abandonaría en aquella empresa, de igual manera que á Maximiliano, le habría empeñado su palabra de que los sostendría en el poder con todos los recursos de la Francia; ofertas hechas á pesar del éxito dudoso que pudiera tener la contienda que, por entonces, impedía á la colosal República de los Estados Unidos oponerse á los proyectos del Emperador francés.

Los imperialistas creyeron que el ademán complaciente é imperioso de la Emperatriz y su voz suave y persuasiva, bastarían para que Napoleón III depusiera los que suponían pequeños motivos de disgusto, que por hechos anteriores abrigaba contra los Soberanos de México, y ahogaria en su seno el temor que habían hecho nacer las últimas amenazas de Mr. Seward y las enérgicas reclamaciones del Cuerpo Legislativo francés. Y sin duda esperaban que acudiría Napoleón al amparo del naciente Imperio, dejando en México las tropas necesarias y proveyendo al tesoro de los recursos suficientes, hasta que se arreglara con calma el plan hacendario conveniente. Creían esto, porque suponían que en el Emperador francés habría los mismos sentimientos que en el corazón de Maximiliano, y olvida-



General D. Nicolás de la Portilla,

Comisario Imperial y Ministro de la Guerra.

Nombrado Comisario Imperial de los Departamentos de Nuevo León y Tamaulipas en Julio de 1865, se presentó en el puerto de Matamoros; pero á los tres meses regresó á la capital del Imperio, sin haber logrado establecer su mando en aquella zona. Siendo después Ministro de la Guerra, y durante el sitio de México por el ejército de Oriente, le obligó el Lugarteniente del Imperio, General Márquez, á dimitir, por considerarlo obstáculo para el desarrollo de la defensa de la plaza. El General Portilla manifestó que sin el libre ejercicio de sus atribuciones, no podía continuar en el Ministerio, y que en la primera ocasión haría valer sus derechos de Ministro de la Guerra, entonces ultrajados.